

Inmortales

por Augusto Miralles



Salimos en silencio del vestuario, algo extraño y muy diferente al exceso de bullicio habitual. El sonido de los tacos de aluminio de nuestras botas al golpear el poco cemento que allí existe, como una isla en aquel mar de barro, realza la gravedad del momento.

“Si creéis en vosotras y superáis vuestros propios miedos podemos ganar”- había dicho el entrenador en el vestuario. A este tío se le va la pinza. Según me han dicho el año pasado nos metieron 86 cuando el único objetivo del partido era salir vivas y de una pieza.

Que sí, que somos un equipo en progresión y que nuestro estilo de juego moderno y dinámico puede hacer daño a unas rivales que basan todo su juego en imponer su fortaleza física ¡Qué bonito suena! Pero es que ahora que he pasado

**“¡Huye!”
Se podrá jugar
mejor, seguro,
pero hemos
funcionado como
un verdadero
equipo.
Nuestra fe
nos ha hecho
vencer.**

a su lado para ir a calentar me parecen aún más grandes que en las fotos que había visto. Hay varias que es más fácil saltarlas que rodearlas y a ver cómo haces presa para placar a estas muchachas. Los brazos no me dan ni para abarcarlas por las piernas, de la cintura (pedazo eufemismo) ni hablamos. Y encima corren y juegan.

Veo las caras de mis compañeras, hay determinación. Las más concienzudas son las más jóvenes y menuditas. Estas *criajas* no se amilanan ante nada, están por el instituto todavía y me vienen exigiendo esfuerzo, sacrificio, disciplina, respeto a mí que soy una mujer, ya curro y tengo mi carrera. Son de admirar, predicán con el ejemplo. La capitana andará por el 25% de volumen corporal que la mayor parte de las rivales. Llevo 4 meses

jugando a rugby y le voy cogiendo el truco pero lo de hoy va a superar la empresa de Leónidas y su cuadrilla en las Termópilas (esperemos que con mejor final).

Han pasado cuatro horas de aquellas primeras reflexiones. La butaca del bus me parece un lecho divino de plumas de cisne. Estoy mucho más que agotada. Me duelen hasta las pestañas. Nos hemos vaciado de verdad. Mañana no me mueven ni con grúa. Sólo el efecto relajante de las cervezas del tercer tiempo que, además de rehidratarnos, anestesia y amortigua el dolor de la sucesión de rozaduras, golpes y moratones que es mi cuerpo.

-¡Delanteras, sois inmortales! –grito ya casi afónica, con esa voz ronca que la naturaleza me dio.

Me responde un bramido coral que no se escuchaba por estas tierras desde la desaparición del uro europeo. Estas monadas (porque encima son guapas que te cagas) han demostrado que existe el *rugby femenino*, han domesticado el instinto de supervivencia que aullaba: “¡Huye!” Se podrá jugar mejor, seguro, pero hemos funcionado como un verdadero equipo. Nuestra fe nos ha hecho vencer.

Hablamos de un partido de liga regional de un deporte minoritario que a nadie importa, pero en este momento, en este maremágnum de satisfacción íntima personal y escándalo colectivo, no querría estar en ningún otro lugar del planeta.

